

18-mayo-06

JVCB

17/nov/08

WPS

1084373

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

IGNACIO FULGORES

MBLSCS
01

IGNACIO FULGORES

Personajes

TRINI, muchacha vestida de campesina. Lleva rebozo y una cesta.

IGNACIO FULGORES, vestido de manta, sin gorra.

Contra la caja negra del escenario destaca una ventana enrejada o un juego de luces que den la impresión de una reja. Día de la visita mensual en la cárcel del pueblo.

TRINI. Vengo a ver qué se le ofrece.

IGNACIO. *enrejado.* No necesito nada, Trinita. Es tarde. Creí que ya no venía.

TRINI. Ahí he estado, al pie de aquél árbol, esperando que se fuera su madrecita.

IGNACIO. ¡Ah, bueno!

TRINI. ¿Qué siente?

IGNACIO. El hombre debe aguantar su desgracia.

TRINI. Pero siempre necesita consuelo. Aquí le traigo un manojito de flores de las que le gustan.

IGNACIO. No quiero nada que me recuerde los campos por donde van libres los ojos y los pasos del cristiano.

TRINI. Aquí le traigo un conejito que hallé escondido entre unas matas de chilca.

IGNACIO. Suéltelo; con uno que esté encerrado basta. ¿No le parece? Y no lo tenga mucho cargado, no sea que se acostumbre y luego lllore si lo deja solo.

TRINI. ¿De veras no quiere nada?

IGNACIO. Basta con que haya venido.

TRINI. Quiero que sepa que aquí afuera hace falta.

IGNACIO. Bendito sea su aliento, Trinita. Usted alumbra la prisión del prisionero y el camino del cansado. ¿Qué más me trajo?

TRINI. Le traía agua; pero se me cayó por venir corriendo.

IGNACIO. Enséñeme las manos.

TRINI. Me da vergüenza porque están lastimadas.

IGNACIO. Enséñeme las manos, no sea mala. *(Pausa mientras Trini deja en el suelo la cesta y tiende despacio las manos abiertas).* Se ven como vacías.

TRINI. Que sigan así, mejor, Ignacio Fulgores.

IGNACIO. Malhaya quién pudiera ocuparlas...

TRINI. Ninguno. Sólo les cabe un dueño.

IGNACIO. No más que no reciban al que no de-

ben, para que sigan trayéndome lo que he perdido.

TRINI. Ya tienen su forma, Ignacio Fulgores. Y ahí estarán hasta de aquí a veintiséis meses, cuando se cumpla nuestra sentencia.

IGNACIO. La mía, Trinita. No quiero que nadie me robe ni la sombra de lo que me toca.

TRINI. La suya y la de quien espera.

IGNACIO. No, es sólo mía; déjeme ese orgullo chiquito. Me lo compré con sangre. Lástima que no sepa cantar, para decírselo mejor.

TRINI. Usted canta con sólo ser como es, Ignacio Fulgores.

IGNACIO. ¡Ay, Dios mío! ¿Dónde estará mi alegría? La dejé secándose, amarradita de un ala.

TRINI. Donde usted la dejó está todavía.

IGNACIO. Cuídela, para que la encuentre igual cuando salga.

TRINI. Entre mi pecho va a dormir, para que no sufra de frío. Y le hablaré de usted, para que se acuerde de nuestro dueño.

IGNACIO. De usted se acuerdan hasta mis olvidos, que ya no se acuerdan de nada.

TRINI. Sólo se olvida lo que uno olvidó.

IGNACIO. Los recuerdos duelen como puñal cuando uno está solo.

TRINI. Usted no está solo. Desde que hizo lo que hizo por mí, ya nunca me separaré de su lado. Se lo agradezco con súplica, para que me acepte.

IGNACIO. No sé por qué le sorprende, si siempre le dije que lo haría.

TRINI. Una nunca cree que la quieran tanto.

IGNACIO. Además, ¿qué es un chorrito de sangre?

TRINI veintiséis meses de sombra.

IGNACIO veintiséis meses sin sol, que es peor: Sin usted siempre es de noche, Trinita. pero... bien vale la pena, ¿no le parece?

TRINI. Lo que usted diga.

IGNACIO. Yo tampoco estaba seguro de su llanto.

TRINI. Como si no me conociera los ojos.

IGNACIO. No hay hombre que merezca tanto. El querer lo vuelve a uno pequeño. Da mucha pena saber que no le cabe a uno adentro todo lo que se siente.

TRINI. Usted se lo merece. Sabe defender lo suyo y consolarme con la huella que dejaron sus pasos.

IGNACIO. Hay que pedir mucho, Trinita, para ver si le toca a uno algo.

Se enlazan las manos en silencio, mirándose.

Suena con cierto apremio una pequeña campana.

IGNACIO. Ya se acabó el tiempo.

TRINI. Ya se acabó la vida.

IGNACIO. Hasta el otro mes. ¿Qué me deja, Trinita?

TRINI. Aquí le dejo esta piedra donde estuve parada mirándolo.

IGNACIO. Alcánceme su trenza.

Trini se la da; Ignacio se la besa con devoción. Campana, suena de nuevo.

TRINI. Ya me voy, pues.

IGNACIO. Camine de espaldas, para que dure más.

TRINI. Adiós, Ignacio Fulgores. *(Alejándose).*
Adiós, Ignacio Fulgores. *(Antes del mutis).*
Adiós, Ignacio Fulgores...

IGNACIO *(entrelaza las manos, como si estuviese orando. Murmura).* A lo mejor ni siquiera la ví. A lo mejor ya no soy alma de este mundo. A lo mejor es mentira esa lumbre que diviso en la piedra donde sus pies estuvieron. A lo mejor... a lo mejor tendré que seguir soñando.

Campana pequeña.

TELON